

**PRIMEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Ángeles Losada Olmos**

**Centro Docente: IES San Isidoro de Sevilla**



**CUANDO TENGA...**

Cuando tenga una hija la ayudaré a levantar la escalera con la cual alcanzar la luna, aquella pelota blanca donde estarán depositados todos sus sueños.

Le diré que Cenicienta y Blancanieves son dos chicas adorables y que está bien vestirse de princesa pero que no se puede esperar al príncipe azul para ser salvada porque no hace falta, porque en la batalla diaria las flechas se disparan hombro con hombro, lado a lado.

Un día cualquiera, le desplegaré las alas para que descubra que tiene plumas de altos y largos vuelos y le pediré que nunca se las corte ella misma ni deje que otras personas lo hagan, que un mundo ancho y no ajeno la espera, que hay otros mares y otras lenguas y gentes de todos los colores con los cuales aprender los alfabetos con los que se nombran los muebles de la tierra, de la amistad y del silencio.

Le enseñaré a jugar en equipo y que en medio de la selva diaria siempre es bueno contar, no una, sino mil veces, con una amiga que ría tontamente por cualquier cosa, que te acompañe a comprarte el vestido aquél, pero también lllore contigo cuando pierdes a alguien querido o que simplemente se sienta a tu lado tomándote la mano, sin apenas hablar.

Le contaré que con las lágrimas se hacen océanos que a veces te ahogan, pero que la mayoría de las veces te permiten nadar en sus aguas y llegar a la otra orilla, que es bueno esperar al sol para secarse y reiniciar la jornada una vez más, y que nunca debe dejar de mover los brazos.

Le pondré en los bolsillos de su baby las dos galletas de Alicia. Y le explicaré que la que te hace más pequeña te sirve para no perder el tiempo con la gente que no vale la pena; pero que la mayoría de las veces, es mejor tomar la que te vuelve gigante, tanto que puedes romper el techo de cristal que nos impide participar activamente en la escuela, en el trabajo, en la política.

Le contaré que no está sola, que si puede votar, estudiar, ser científica o artista, lo que no pudieron sus bisabuelas, es porque se lo debe a las grandes mujeres que, antes que ella, lucharon con los ojos del futuro. Que debe aprender quiénes eran Isadora Duncan, Madame Curie, Rosa Luxemburgo, Simone de Beauvoir, Clara Campoamor. .. Porque ellas no sólo plantaron el escenario, sino que lo pusieron bien alto para que ella no empezara a ras del suelo. Pero que también tiene que ayudar a completarlo, tenemos que hacerlo, yo, ella y todas las que vienen detrás.

Le diré que sí, que somos diferentes a los hombres, pero que esa diferencia biológica no puede servir para que se levanten muros que nos dejen afuera de las grandes decisiones. Como todas, deberá aprender a derribarlos.

Cuando tenga una hija le recomendaré diez cosas importantes en la vida. Por encima de todas, amarse y respetarse a sí misma, y darse cuenta de que las parejas que elige no son más que una medida de lo que piensa de ella misma.

Pero si tuviera un hijo le enseñaría que no es un número primo, que tiene pares a su lado, que no está ni por encima, ni por debajo, más bien al lado.

Le enseñaría a llorar porque es bueno, y nunca, pero nunca, le diría que eso es de niñas. Porque la fortaleza de un hombre no se mide por puñetazos bien dados, sino por la capacidad que tiene de ponerse en los zapatos de los que no tuvieron su suerte.

Le dejaría jugar con muñecas, cocinitas y casitas y le explicaría que eso no le resta un ápice a su masculinidad, porque tarde o temprano será lo que haga en casa, compartiendo labores con su pareja, y que, puestos a elegir, la suma es la mejor operación matemática, porque en la familia mientras más trabajan, se dividen las tareas y como resultado, se multiplica el tiempo disponible para el descanso de todos sus miembros.

Que no puede entrar en otra vida para destruirla, que el hecho de haber nacido\_ hombre no lo convierte en el jefe de la manada, al que respetar y obedecer por el sólo hecho de ser hombre y tener una parte de su cuerpo que lo diferencia. Que no tiene que ser hombre-bala, más bien hombre-ladrillo, de los que construyen, reparan, levantan.

Si tuviera un hijo le contaría que hay diez cosas importantes y que, por encima de todas, está siempre respetar a las mujeres, porque son sus iguales, aunque biológicamente diferentes. Porque puede divertirse, amar, pensar, discutir, hacer planes y muchas cosas más con ellas, a su lado, sin dejar de ser él mismo.

Si tuviera un hijo o una hija le enseñaría que para reiniciar el mundo sólo hace falta un hombre y una mujer con ganas de cambiar las cosas.

Y yo quiero ser la mujer.

**PRIMEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Violeta Cano Sebastián**

**Centro Docente: IES Severo Ochoa**

**LA PERSONA A LA QUE MÁS ADMIRO**

Mi padre es exterminador de plagas. Bueno, casi. O bueno, también. Es que también es director de una empresa con unos pasillos muy largos con muchas puertas que no me deja abrir. Mi padre casi tiene puertas. Digo casi porque es una persona, y las personas no tienen puertas, pero casi también porque cuando abre la boca veo una cueva enorme y oscura, muy oscura. Si las cuevas tuvieran puertas, él tendría puertas. Por eso casi.

Dentro de su cueva hay un dragón, o una ballena, o puede que un ratón con megáfono. Es algo grande, casi seguro, que ruge cuando me asomo aunque sea un poco a la oscuridad de la caverna –la palabra caverna significa cueva, no importa cuál de las dos utilices: es como a las chicas, que le pongas el nombre que les pongas no dejan de ser eso, chicas; una Sonia o una Lucía, aunque tengan distinto nombre, son lo mismo. Eso dice mi padre.

Yo eso no lo tengo muy claro. Quizás es porque no conozco a ninguna Sonia, y porque Lucía solo conozco a la vecina, que es gordita y me recuerda un poco al balón pinchado que mamá fue a tirar ayer. Siempre que me ve me abraza muy fuerte, hasta que yo casi no puedo respirar, y me llena de pintalabios. Pero no es mi

amiga, así que no sé si es simpática o grita mucho o si cuando piensa se rasca la nariz, ni si sería distinta a alguna Lucía.

Siempre que Beatriz se rasca la nariz, sé que está pensando. Beatriz es mi profesora: me enseña a sumar, a distinguir las plantas... ah, y a dibujar. Cuando sacas muy buena nota, te dibuja un pájaro precioso en la esquina del examen.

A mi padre no le gusta Beatriz. Antes creía que lo que no le gustaban eran los pájaros, y bueno, antes de antes creía que mi profesora tenía pájaros en la cabeza, pero de verdad, y que le ponían huevos dentro y que algún día, si sacaba muy buena nota, se le saldrían por las orejas, pero luego mi padre me explicó que los pájaros en la cabeza eran en realidad tonterías en el cráneo de la gente. Mi padre dice que él le quitaría esas tonterías, los pájaros, de la cabeza, que lo mejor para ella sería estar en casa para cuidar del niño que está ahora mismo en su vientre – eso es como decir barriga-, y no jugar a los profesores y luego obligar a nuestro país a pagar un sustituto mientras que ella tiene al crío. Eso último no lo entiendo demasiado bien, pero él dice que si le hiciesen caso, habría acabado con sus tonterías, y si sus tonterías son pájaros, para Sonia, la vecina, son alimañas, y cuando acabas con las alimañas las exterminas. Por eso digo que mi padre es también exterminador.

No creo que Beatriz sea tonta. Me recuerda a papá cuando se trae una montaña de impresos a casa y se queda hasta tarde rellenándolos con los ojos muy abiertos y muy fijos, y a mamá cuando mi padre está trabajando y yo no voy al cole porque hay vacaciones, y ella coge uno de esos libros tan gordos que esconde en la parte de atrás de la despensa y me lee un párrafo. Bueno, solo su boca me recuerda a Beatriz. Es como si sonriese sin mover los labios; es algo muy raro. Sus ojos me

recuerdan a otra cosa, tiene la misma mirada que yo veo que pongo si me miro en el espejo de la cocina cuando me como un caramelo del tarro de la encimera cuando ella y mi padre están durmiendo la siesta. Como si tuviera un poco de miedo.

Cuando se lo conté a Amina, mi mejor amiga, me preguntó que de qué iba a tener miedo mi madre, que qué tontería. Amina es muy inteligente, ya sabe sumar con dos cifras, y lee muchos libros sin dibujos, así que supongo que en ese momento tendría sueño, porque estaba muy claro de qué tenía miedo mi mamá: del dragón de la cueva de mi padre. Aunque bueno, puede ser que es porque es una chica. Eso es lo que dice mi padre.

Yo creo que mi mamá esconde los libros del dragón, no de mi padre. Estoy casi seguro de que el dragón se le metió a mi padre por la oreja un día de mucho viento, antes de que yo naciera, y que desde entonces le ruge mucho y nos ruge a los demás, y dice cosas para asustarnos y que no le saquemos de ahí, porque fuera hace mucho frío, y las bocas deben de ser muy calentitas, sobre todo una tan grande y estupenda como la de mi padre.

A veces, mientras que estoy haciendo los deberes, llama a la puerta con tres golpes, de más fuertes a más suaves, entra, y me da una palmadita en la espalda y me dice que ya estoy hecho todo un hombrecito, que si sigo estudiando pronto podré dirigir su empresa, esa de los pasillos largos y las puertas, y que me casaré con una mujer que cocine filetes de pollo, mi comida favorita, todos los días, y que cuide de un hijo tan estupendo como yo. Entonces yo sonrío hasta que me duele la cara, pero no solo los mofletes, sino la cara entera, y arrugo mucho la frente para que vea que me estoy concentrando y que pronto podrá enseñarme lo que hay detrás de las puertas de su empresa.



Mi padre es la persona que más admiro en el mundo entero. Es el director de una empresa con pasillos muy largos y también exterminador. Tiene una boca enorme, una boca estupenda, y dentro un dragón que ruga muy, muy fuerte –aunque puede que sea simplemente un ratón con megáfono, no lo sé. Fuera de la boca, tiene a mamá, que hace su comida favorita, patatas al horno, y a mí. Algún día seré como él.



**PRIMEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Ruth González Cañestro**

**Centro Docente: CES y FP Primero de Myo**

**MI PUESTO PERFECTO**

Estoy nerviosa... Entro por la gran puerta que conecta el pasillo central del edificio con los departamentos más importantes. ¿Dónde me entrevistarían para poder acceder al trabajo que había querido desde niña?

Suspiro. Un suspiro de esos que sueltan los nervios. No sirve de nada... Tengo la sensación de que me sudan las manos. Raquel, tienes que causar buena impresión.

Llego a recepción y me atiende una mujer.

–Hola, buenas tardes. Tengo una entrevista con don Pedro López, el Recursos Humanos.

–Ah, sí, te estábamos esperando. Pedro López se encuentra en la sala 402, segunda planta.

–Muchas gracias –me despido con una sonrisa.

–Suerte... –le escucho decir, aunque no era su propósito.

Por qué me habrá dicho eso de esa forma... Estoy algo confusa. Subo en el ascensor. Es todo espectacular, el sitio donde cualquier jovencita de veintiséis años quisiera trabajar después de terminar el posgrado. Veo salir a un chico de la sala

402; muy sonriente, tal vez demasiado. La puerta se queda entreabierta y sale otro hombre de la sala.

–Vaya, tú debes de ser la señorita Raquel Suárez, ¿o me equivoco?

–Sí, la misma –sonrió un poco nerviosa.

Él se limita a mirar hacia un montón de papeles que están encima de la mesa y me invita a pasar.

–Bueno, Raquel, vienes para el puesto de trabajo en..., espera..., mmm... Técnico de Proyectos de Ingeniería Mecánica.

– ¡Sí!, así es.

–Pero... ¿tienes algún tipo de experiencia?

–Bueno, he llevado a cabo muchos proyectos relacionados con esta ingeniería con mis compañeros de universidad. También he estado trabajando en un centro automovilístico durante dos años mientras estudiaba.

–Qué bien, Raquel. ¿Cuántos años llevas estudiando esto?

–Bueno, hice bachillerato científico y, hace aproximadamente siete meses, terminé la carrera de ingeniería mecánica y diseño automotriz. Me dieron una beca para trabajar y a raíz de eso conseguí mi Máster de Postgrado en Automovilística en la Politécnica de Madrid.

–Ah... ¡qué interesante! ¿Cuántos idiomas sabes hablar? –coge mi currículum, lo mira y lo vuelve a mirar–. Aquí dice que... ¿cuatro idiomas?

–Sí. Puse italiano nivel medio porque allí estuve de Erasmus un semestre después de terminar mi primer curso de carrera; sé defenderme... Tengo el Proficiency en inglés; estudié en el British Council. Francés, y ahora estoy estudiando alemán.

–Está muy bien... Bastante bien. Y, Raquel, ¿vives sola?

–Sí, bueno, con mi pareja desde hace dos años.

–Ah..., vale. Y ¿tienes pensado tener hijos pronto?

–Eh...–dudo, no sé qué decir. Mi padre me decía que esto era una pregunta trampa y que siempre respondiera: ¿QUÉ? NO, NO. ¡NI LOCA! Pero en realidad sí que lo había estado hablando con Gorka, mi novio, y teníamos muchas ganas—. Bueno, a lo mejor para dentro de mucho tiempo –miento. No se le ve muy convencido y suspira. Habré hecho algo mal. Con un golpe seco y brusco cierra la carpeta y se dirige hacia mí.

–Bueno, Raquel, muy bien –me da la mano—. La llamaré pronto y hablaremos del puesto, ¿de acuerdo?

Yo me limito a asentir con la cabeza, sé que he hecho algo mal. Al salir de la sala, veo que se reúne de nuevo con el chico que había salido antes de la misma. Vi su foto en uno de los currículos encima del escritorio. Entro por la gran puerta que conecta el pasillo central del edificio con los departamentos más importantes. Esto me gusta... Lo miro y lo vuelvo a mirar todo. Este es el sitio donde me gustaría trabajar. Pregunto en recepción por la sala donde me hará la entrevista un tal Pedro. Estoy algo nervioso, pero presiento que el puesto será mío.

–Hola, buenos días, vengo para una entrevista con... ¿Don Pedro? ¿Puede ser?

–Sí, ¿eres José Gómez?

–El mismo.

–Le está esperando en la sala número 402, segunda planta.

–Muchas gracias.

Llamo a la puerta y abro

– ¿Se puede? –pregunto.

–Sí, claro, pasa. Tú debes de ser José, ¿no?

–Sí, encantado.

–Bueno... Y vienes para la vacante de Técnico de Proyectos de Ingeniería Mecánica.

–Sí, justo.

–Vale. Tienes 26 años, ¿verdad? Esto... ¿Cuánto tiempo has estado estudiando?

–Después de terminar el bachillerato entré en la carrera de Ingeniería Mecánica y Diseño Automotriz.

–Y... ¿tienes algún tipo de experiencia en este sector?

–Pues no, en realidad todavía no. Pero quiero este puesto de trabajo para conseguir esa práctica que siempre he necesitado.

–Muy bien José, te veo un chico entusiasta y con ganas de tener el puesto.

–No lo dude –lo tengo en el bote, pienso.

–Y ¿vives solo?

–No, vivo con mi novia desde hace un año o algo así.

–Ah, qué bien. Y ¿pretendéis tener una familia?

–Sí, estuvimos hablándolo hace un par de meses y nos gustaría mucho tener un hijo o tal vez dos.

–Oh, José, ¡qué bien! Te veo un joven bastante responsable y con ganas de poner su vida en orden. ¿Es así o me equivoco?

–Está usted en lo cierto –ya es mío. Me dijo mi padre que eso siempre colaba. Me aconsejó que si alguna vez me preguntaban si quería fundar una familia dijera claramente que sí. Es un signo de responsabilidad y orden en tu vida.

–Bueno, José, muchas gracias por haber venido. Tengo ahora una entrevista con una tal...Raquel; es joven y creo que está a punto de casarse, tardaré poco con ella; ya me entiendes –se ríe.

–Claro que te entiendo –yo también me río.

–Espera fuera y en unos quince minutos salgo y te explico un poco, ¿vale?

–Claro, aquí estaré –vale, el puesto es mío, me digo a mí mismo. Es mi puesto perfecto.

**PRIMEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumno: Saúl Garrido Domínguez**

**Centro Docente: IES Josefina Aldecoa**

**DESDE LA CUNA**

Rosa y Azul acaban de nacer y aunque ellos no lo saben, sus vidas ya están predestinadas. Sus mundos serán rosas o azules, como sus nombres.

A Rosa le perforan las orejas algunas semanas después, Azul las tiene intactas,

Viven en el mismo barrio, en la misma calle, en el mismo portal y en el mismo piso.

Sus madres son amigas y van todos juntos al parque que hayal final de la calle.

Rosa lleva siempre preciosos vestidos cargados de lazos y flores pero cada vez que juega en el arenal se clava un montón de pequeñas piedrecillas y acaba llorando.

Azul, no llora nunca, su padre no le deja. Azul juega tranquilamente en la arena y no se hace heridas ni raspones, los pantalones le protegen. A él también le gustan las flores, sus colores y su perfume pero en sus camisas no hay ninguna.

Rosa mira con envidia la enorme colección de coches abandonados en el suelo, son de Azul pero él no los quiere, prefiere jugar a la comba detrás de los árboles para que su madre no le vea.

Rosa y Azul han ido creciendo juntos, van al mismo colegio pero sus vidas siguen siendo de un único color. A pesar de su corta edad, saben que son distintos aunque no logren adivinar por qué.

Es navidad y en la función del colegio Rosa es la Virgen y Azul San José, piden intercambiar los papeles pero no les dejan, por más que lo intentan resulta del todo imposible y se conforman con lo que les toca. |

Ninguno de los dos entiende nada y tienen una idea le pedirán a los Reyes Magos lo que más desean, no podrán negarse, están ahí para cumplir los deseos de los niños.

Azul ha pedido varios cuentos de hadas, tiene una imaginación desbordante y su mente se pierde imaginando historias de princesas que son salvadas de temibles dragones pero el día de Reyes solo recibe un balón de fútbol.

Rosa quiere un disfraz de caballero medieval, le encanta cambiar su rostro con barbas y bigotes pero bajo el árbol solo hay una muñeca.

Los dos están muy tristes, será que los "Reyes" no han leído bien la carta, tendrán que releerla de nuevo una y otra vez hasta que se den cuenta de su error para que este mundo pueda cambiar.



**PRIMEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumno: Bryan Guarniz**

**Centro Docente: IES Blas de Otero**

**CONTRAÍDA**

La ropa de Isabel, como un velo de seda sacudido por la corriente, se restriega contra la arena de una orilla recóndita. Las olas la desplazan de un lado para otro sobre la lámina de pan de oro inventada por los guijarros y conchas molidas de una cala entre farallones, gigantes de piedra, alzándose como fronteras infranqueables frente a las necesidades e ilusiones de quienes buscan un futuro lejos de su tierra.

La mar zarandea un bote de madera desvencijado sumergido en sombras sólidas. Las olas rompen en su costado, formando nubes de espuma blanca que delatan la posición del cayuco a los ojos de los vigilantes que escudriñan la oscuridad. Miles de gotas de agua salada caen como alfileres escarchados sobre Isabel, quien se sacude de pies a cabeza como si fuera la cuerda de un arpa.

La barca está a la deriva, abandonada a una suerte estrellada bajo un cielo apagado que parece no querer encenderse para evitar ser testigo de tal vergüenza: en el interior del bote, Isabel soporta los golpes del tiempo desnuda, encogida. Parece un ovillo humano, pero sin cabo del que tirar para demostrar su dignidad, pisoteada por los suyos durante el cruce.

La patera ha llegado a una cala que, según el patrón, carece de vigilancia. Había surcado durante días un mar calmado, masas de negras aguas y atmósferas hostiles. El silencio nocturno solo fue interrumpido por el roncar del motor que se estropeó a no muy lejos de la playa, a las pocas horas de zarpar de una costa africana. El patrón y los pasajeros estuvieron a la deriva durante varios días. Las provisiones acabaron por liquidarse en poco tiempo y la desesperación se incrementó. Navegaron sin rumbo, con una marcada incertidumbre; apretujados en un reducido perímetro para darse calor. Isabel, abrazada a su bebé, ocupaba el centro. Todas las miradas llenas de pútridos deseos se volcaban sobre ella, la única mujer embarcada en una travesía hacia la búsqueda de una nueva existencia sin papeles que habría de desembarcarla en un abismo de indecisión y burocracia.

Se siente más sola que nunca, acurrucada en la proa. Su bebé, llorando permanece envuelto con una manta húmeda en la popa. Isabel está desesperada sabiendo que el crío está aterido y hambriento. Ella lo parió, encogida entre dolores, apenas unos meses antes de jugarse la vida en el Estrecho. No posee fuerzas ni ánimos para acercarse a él, ni apenas leche en sus senos flácidos y secos. Solo lo mira desde la depresión tenebrosa de sus ojeras. Adopta una posición fetal, sin bajar la mirada del bulto del que salen lamentos irritados rasgando su alma. Recuerda que ella también lloró mucho...

*Ese día, sus gritos alcanzaron el cielo, donde el sol recreaba una esfera triste y opresiva. La llevaron a una cabaña llena de ramas secas, barro y excrementos. Era solo una niña tímida que nunca había pensado en ir a la escuela y menos en jugar, sin amigas. Quería desaparecer de la faz de la tierra. Su función era cumplir faenas impropias de su edad como caminar varios kilómetros al día para cargar cubos con un*

*agua embarrada que un sediento habría rechazado o cuidar el ganado. Una de las mujeres fumaba sin parar una cachimba colmada de hierbas. Quería huir pero su propia madre la empujaba al interior de la cabaña para tumbarla y agarrarle los brazos en el suelo a fin de separar violentamente sus piernas. Soñaba con ser libre, con alejarse de allí, con perderse en la línea de la tierra por la que se escondía el sol cada tarde; no le hubiera molestado perseguirlo hasta el infinito. Su fuerza infantil no pudo oponer resistencia a la crueldad de esas mujeres insensibles.*

*Quiso exiliar su mirada pero la vio acercarse a la vieja deteriorada y maloliente con una cuchilla oxidada, afilada y con restos de sangres ajenas. Después llegó el bramido sumergiéndose en una oscuridad pringosa y honda.*

*Cuando volvió en sí no comprendía la razón de mutilar su sexo. Simplemente solloza haciéndose un ovillo, hasta quedarse dormida de nuevo...*

*Posterior a aquel ultraje ordenado por su padre llegaron otros más: los de su anciano marido, trece años contra los setenta de su esposo, cada vez que la tomaba a la fuerza, humillada hasta la extenuación, acabando siempre encogida sobre un felpudo que hacía las veces de lecho matrimonial.*

*Abandonó al marido en una fuga hacia la vacilación para pagar un fuerte peaje por aquel viaje.*

*Transcurrieron varios meses en una gran ciudad dedicándose a la venta de ropa de segunda mano venida de Europa. Así, logró pagar un pasaje en una patera con destino la incertidumbre. Y la vida y el alma se le encogieron cuando el patrón de la embarcación exigió una entrega carnal como condición indispensable para embarcar.*

*Los reflejos azules de los patrulleros costeros y el dolorido llanto de sus sirenas la alertan. Isabel consigue alzar la voz lo suficiente como para llamar la atención. Ella*

sabe que el trayecto ha terminado; pero no le importa, ya que mientras no la deporten quizás pueda dejar a un lado el desamparo y desdicha. Todo habrá valido la pena si su crío se salva. Porque sólo entonces será merecedor de una oportunidad de futuro en el lugar al que acaba de arribar y que tan solo desea que sea un cordial refugio, que no se convierta en un acantilado hostil donde vuelen sus esperanzas.

Su historia ha sido llevada a la radio, publicada en los papeles, emitida por televisión...  
Despertando a su paso un mar de solidaridad.

Sus pieles oscuras contrastan con las blancas paredes del hospital. Pero quizás su existencia tiene la oportunidad de ser más transparente y ahora la luz del sol acaricia. Isabel amamanta a su hijo sentada en un sillón mirándolo pacíficamente. El ambiente torna a la ternura y, por fin, le muestra su blanca sonrisa. Tan intuitiva, sabe que el destino les sonrío, que ha tendido a sus pies una alfombra de futuro que aspira a recorrer de la mano de su niño.

Isabel deja al bebé en la cuna. Se aproxima a la ventana. Estira los brazos bostezando y, simultáneamente, el alma despliega su corazón. Nunca más contraído.

**SEGUNDOS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Ana Teresa Roquero**

**Centro Docente: IES Diego Velázquez**

**COMO PÁJAROS**

Y ahí estaba el viejo, de nuevo. Chepa encorvada ligeramente, inestable, tratando de mantener el equilibrio. Su mirada fija en el suelo. Sus manos, agrietadas y llenas de arrugas, agarrándose fuertemente a la barra del autobús. Manteniendo el equilibrio, un día más.

No había reparado en él hasta hacía un par de días. Recuerdo que me subí al autobús sin fuerzas. Aún tenía un punzante moratón en la parte izquierda de la cara. Me pesaba la mochila, me dolía la espalda. Me lloraba el cuerpo.

Y ahí estaba yo, un día más, de pie mirando por la ventana, imaginando cómo sería ser ese pájaro que majestuosamente abría las alas y volaba. Cómo sería sentir el aire en la cara, cómo sería sentir el corazón despegar, libre. Instintivo, relajado. Feliz.

Una voz, a mi espalda: dulce, débil.

—Anda, siéntate.

Me di la vuelta, y ahí estaba, arrugado frente a mí. Sereno. Traté de rechazarlo, nunca habría consentido que una persona mayor estuviera de pie mientras yo estaba sentada. Pero el viejito, afable, insistió:

—No te preocupes, llevo largo rato sentado. Además, tú vas más lejos.

Me sonrió, e inmediatamente todos los músculos de mi cara cobraron vida, y le devolvieron la sonrisa. La sonrisa que mi cuerpo había guardado mucho tiempo.

Murmuré un gracias. Mientras me sentaba, mi cabeza le daba vueltas a cuáles podrían ser las intenciones de aquel hombre. Pero no encontré ninguna.

Se quedó ahí, en el lugar donde yo había estado escasos minutos antes, con la mirada fija en el suelo. No pude evitar observarle. Pelo canoso, con una base blanca. Llevaba un anillo de compromiso.

Su camisa verde a cuadros pequeños, cuidadosamente planchada se metía por dentro de un pantalón beige. En una mano, una bolsa de la compra. Pan y un solo rollo de papel higiénico. En la mano que le quedaba libre, sostenía algo. La mano, temblorosa. Frágil. Parecía que iba a caerse de un momento a otro. Temí por él. Temía que cualquier movimiento a su alrededor le hiciera desplomarse en el suelo.

Algo caía al suelo, una fotografía. Debía llevarla en la mano. Antes de que él hiciera un movimiento, me apresuré a levantarme y recogerla. Era de una mujer mayor, sonriente. Preciosa. La mano del hombre fue en busca de aquello que le faltaba, y se topó con la mía. Le miré a los ojos.

Una lágrima resbalaba por su mejilla. Quise haberle dicho algo, pero no me salían las palabras.

Un gracias ahogado salió de su garganta, pero no llegó a ser pronunciado por sus labios. Me sonrió tristemente. Estaba, y estoy segura, de que debía de haberla querido mucho.

Me senté de nuevo en el asiento, y observé cómo bajaba del autobús. Saludó a un grupo de hombres de aproximadamente su edad, que estaban sentados en un banco. Y a paso lento, se fue alejando de ellos.

Estaba solo. Estábamos solos.

No puedo sacármelo de la cabeza.

Desde el asiento, intenté imaginar cuál había sido la vida de aquel hombre. No debía de tener una buena pensión, estaba en los huesos. Una sola barra de pan, un solo rollo de papel higiénico. Un anillo, y una sola persona.

Los años habían desgastado su cuerpo.

Ayer volví a verle. Tenía muy mala cara.

Mis nuevos moratones por la espalda chillaban. El labio, roto, me palpitaba cruelmente. Se acercaba su parada.

Se levantó y se acercó a mí.

Clavó su mirada, severa, en mis ojos.

—Nunca más— musitó—. No le vuelvas a dejar, nunca más, que te ponga la mano encima. Eh, mírame, siempre hacia delante.

Bajé la mirada.

—¡Mírame he dicho! Siempre hacia delante. Tú puedes vivir, aprovéchalo. Nunca, nunca más.

La imagen del pájaro volvía a mi mente.

Era normal que lo hubiera notado, el maquillaje ya no tapaba nada.

Le miré entre las lágrimas, deshecha, hundida.

—Nadie se merece esto.

Nos sonreímos. Y bajó del autobús.

Despacio, se alejó. No había ancianos de los que despedirse esta vez.

Hoy, no estaba. He sentido pánico cuando no le he visto. Me he sentado en su asiento, vacío.

Nunca más.

Llego a casa. Solo dos palabras: nunca más.

Entro en mi habitación y meto toda mi ropa en una maleta. Saco todo el dinero de los cajones. Me doy prisa.

Salgo a la calle. No se dónde voy a ir, pero no importa.

Porque sé que merezco hacer mi propia vida. Tengo que ser fuerte. Una persona fuerte. Ante todo, eso: una persona.

Fui educada como mujer y no como humano, no como persona. No solo tengo el derecho, también tengo la obligación de vivir. Por respeto hacia mí. Por respeto, hacia aquellos que un día llegan y te apoyan.



Y ahí está el pájaro, mirándome. Posado en una rama. Incitándome a volar.

Y ésta vez, eso haré. Volar. Sintiendo el aire en la cara, sintiendo el corazón despegar, libre.

Instintivo, relajado. Feliz.

Ésta soy yo, y nadie va a volver a pararme. Nunca, nunca más.



**SEGUNDOS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumno: Iván Valderrama Molina**

**Centro Docente: IES García Morato**

**FLOR DE ARENA**

Nací hace tiempo en Irán, proveniente de una familia nómada de Sudán, mi nombre es Zaría, que significa “Flor de Arena”, y esta es mi historia. Los primeros años de mi vida permanecen borrosos en mi memoria, pero recuerdo tan nítido el día en que cumplí cuatro años... Hacía calor; junto a mi madre caminé entre la árida tierra y las piedras afiladas que se clavaban en mis sandalias. Ante el primer árbol de sombra nos detuvimos, tras un tiempo esperando, una anciana apareció. Mi madre me levantó el vestido, me sujetó con firmeza y dejó a la mujer que hiciera su labor. El dolor que me invadió fue horrible; la falta de conocimientos médicos de aquella anciana y los esfuerzos vanos que hacía para defenderme provocaron una gran hemorragia, y así fue, como tantas otras niñas, que fui víctima de una infibulación. La sutura inexperta que realizaron las manos de la mujer fue burda y tirante; durante años el hilo que cerró mi cicatriz me dolió hasta derramar lágrimas en las frías noches del desierto.

La herida me provocó una alta fiebre y no sé si fue gracias a la fuerza de mi corazón y espíritu o si fue voluntad de algún dios, pero sobreviví. Continué creciendo feliz mientras mi madre me educaba a su imagen y me enseñaban cuáles eran mis obligaciones. Al cumplir los trece me “convertí en mujer” y mis padres decidieron casarme. No tardaron en venderme a un anciano que tenía el poco dinero que pedían por mí y, a pesar de mis llantos, me fui con aquel hombre que me arrancó de los brazos de mi familia. Aquella noche me liberó de la sutura de mi cicatriz, pero me abrió otra herida más profunda en el corazón, rompiendo mi inocencia y entregándome al mundo real. ¡Cuánto odié a los hombres en esos momentos por no sufrir lo mismo que a mí me consumía! ¡Cuánto odié a mis padres por obligarme a volver a sentir tanto dolor!

Cumplidos los catorce años quedé en cinta. El embarazo fue largo, pero finalmente di a luz, tras horas de gritos de agonía y el único apoyo moral de mi conciencia diciéndome que ese era mi cometido. Cuando llegamos a la ciudad descubrí las ya cuatro hijas de la antigua mujer del anciano, y comencé a observar a mis propios hijos como parte de una prole desligados de mí. Durante años mantuvimos la misma relación, yo le despreciaba y él a mí, ni el primer hijo varón ni la pequeña, que nació después, cambió las cosas. Las otras hijas tenían unas edades parecidas a la mía; se ocupaban del hogar y la educación de mis pequeños. Con el tiempo me incluyeron en su círculo social, al único que tenía acceso. Pero las hijas más mayores no tardaron en casarse con hombres de acuerdo al criterio del padre. Me quedé sola junto a la pequeña Asma; pero la chica conservaba la inocencia que yo perdí y eso me alegraba.

Durante el siguiente embarazo que tuve, ella ocupó el lugar de mi conciencia, sosegando mi sufrimiento. Por ello comprendí que éramos algo más, mujeres con la misma

humanidad que los hombres, con unos derechos que nunca me habían permitido aprovechar. Poco antes del parto el dolor era insufrible y no quería volver a soportarlo. Pensé en arrebatarme la vida y acabé por contárselo a mi pequeña confidente. Ante mi sorpresa se horrorizó; me pidió que la prometiese mantenerme siempre junto a ella. La luz que desprendían sus ojos humedecidos me mostraron que nos necesitábamos mutuamente. Y se lo prometí. Se acercó y me susurro al oído sus propios pesares. Su padre la forzó y para evitar que lo culparan, la hizo ser abusada por otros hombres; el anciano no dudó en difundirlo y utilizarla a placer. No sabía cómo reaccionar; el rencor que sentía se convirtió en la repulsión más absoluta por aquel hombre que me había arrebatado desde mis sueños hasta mi cuerpo. Todo mi dolor por las contracciones, mi resignación por la vida, se desvaneció, dando lugar a un odio irrefrenable. Pero mi mente quedó en blanco al fijar mi mirada en los ojos de Asma, mostraban tanta tristeza y remordimientos... que lo único que quería era consolar su alma. Impulsivamente la besé. Mi primer beso con una persona, y fue la experiencia más maravillosa que jamás sentí. El tiempo que nuestros labios permanecieron unidos me pareció eterno.

Me separé suavemente de la hija, y volví a ver en sus ojos su felicidad característica. Pero el ruido sordo de una bandeja nos despertó de nuestra ensoñación. El anciano y la matrona se mantenían en la puerta con el rostro en una expresión entre repulsión y rabia. Las contracciones volvieron súbitamente y todo el mundo que me rodeaba se convirtió en una masa confusa de sombras. Tras varias horas me recompuse del parto. Un día entero sentí estar encerrada en la habitación, sin comer, sin beber, creyendo todavía tener a mi hijo dentro. Finalmente, mi esposo apareció con mi último vástago; brevemente me lo enseñó, advirtiéndome que sería la única vez que lo vería. Fríamente y resistiendo la violencia que latía en sus venas me explicó que en vez de asesinarme con sus propias

manos dejaba mi caso para la justicia. Tras esto salió y nunca volví a verlo. A empujones entró Asma, amoratada; de nuevo lloró ante mí, se arrodilló y me besó la mano; comprendí que su padre la habría obligado a apoyar su denuncia y ella no se pudo resistir; el miedo a morir en manos de su progenitor era demasiado. Suavemente besé sus cabellos y la pedí que hiciera lo que pedían. La hija no respondió, y sin siquiera mirarme, salió.

No tardaron en encerrarme. Mi primera condena fue por el “beso apasionado” del que me acusó mi marido; el castigo: sesenta latigazos. El único consuelo que me quedaba era no sentir tanto dolor como de niña. Admití la denuncia, pero no me arrepentí de amar a las mujeres. Las declaraciones del anciano y su hija pequeña convencieron al juez de que mis pecados habían sido constantes desde que me conocieron y por ello fui condenada a morir por lapidación.

Mi celda no era más que un zulo, pero eso me permitió reflexionar sobre lo que había sido mi vida; buscaba un culpable. ¿La anciana que me mutiló? No, sólo llevaba acabo lo que consideraba un deber.

¿Mis padres? Tampoco, eran parte de una sociedad establecida sin capacidad moral de cambiarla. ¿El hombre que me compró? Menos todavía, era una persona tan limitada en todos los aspectos que sentía lástima, lástima por todos, lástima por mí misma. ¿Por qué tener que regirme por unas creencias que no compartía? ¿Por qué tuve que nacer en una sociedad que me anulaba como persona? ¿Por qué mi sexualidad era una aberración que merecía la muerte? La única elección que había tomado, querer a una persona, aunque fuera otra mujer, me había costado la vida, ¿merecía la pena? Sí. Debía morir sabiendo quién soy, y por fin lo he descubierto, soy Zaría y como una Flor de Arena, el viento de una sociedad confundida ha arrancado mis pétalos, pero mis raíces permanecerán y con



el tiempo crecerán hasta convertirse en un árbol que resista el viento, un árbol que cobije con su sombra a todo aquel que quiera cambiar el mundo.



**SEGUNDOS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Marta López Serrano**

**Centro Docente: IES Ramón y Cajal**

**DIÁLOGO**

“Yo con dieciséis años me tuve que ir de mi pueblo para poder sobrevivir, trabajando como criada en una casa de la ciudad. ¡Ah, sí recuerdo! En Madrid fue donde conocí a tu abuelo, un hombre de los más guapos, un hombre que me quería muchísimo, nos conocimos paseando por un parque muy famoso de Madrid. Al cabo de doce meses nos casamos y más tarde vinieron los hijos. Aunque a tu abuelo no le hacía gracia yo tuve que salir a trabajar. Ahora tenía trabajo fuera de casa y mucho más trabajo dentro: limpiar, fregar, barrer, cocinar, hacer la compra y cuidar a mis pequeños.

Cada día me levantaba y lo primero que hacía era agradecer que tenía un día más de vida. Después iba a hacer el desayuno al abuelo y a mis hijos, les dejaba en la puerta del colegio y me iba al trabajo. Cada día volvía a las cinco y media de la tarde, y volvía a empezar con la rutina...

¿Casada? Sí, ¿qué significaba estar casada? Me había convertido en una superviviente de las circunstancias, en una limpiadora, en una cocinera, en una cuidadora...en una MUJER o eso creía yo. El HOMBRE, tu abuelo, era muy buen hombre, pero su trabajo

acababa cuando llegaba a casa. Una gran diferencia, yo no paraba, él nunca participaba de las tareas que cuando nos casamos eran de los dos, para después ser solo mías.

“¡Abuela! Espera... ¿y el abuelo cuidaba de los niños?”

“Pues, nieta, él se iba a trabajar y cuando volvía ya era de noche. Yo era la que siempre les cuidaba, aunque él, al volver del trabajo, podía ayudarme pero decía que estaba cansado. Recuerdo que hubo épocas en mi vida donde pensaba que no podía más, que esa rutina ya no la aguantaba y que ya no quería seguir ejerciendo con el papel de MUJER.

Bueno nieta, mañana seguimos con otra historia.”

Esta historia de aquella noche se quedó en mi cabeza y cuando mi abuela me dio dos besos y se fue de la habitación yo me quedé pensando.

Han pasado muchos, muchos años. Ahora es el abuelo el que se acerca a mí y me cuenta:

“Cada día, preparo a la abuela unas tostadas con aceite y un café. Cuando ella sale de la ducha ya está todo listo. Ella sigue haciendo la comida, el médico le ha dicho que lo siga haciendo...hasta que pueda. Ahora soy yo el que limpia la cocina, el que compra, el que recuerda los cumpleaños, el que saca dinero del banco. Ahora es mi turno... la recuerdo cuando se tiene que tomar la medicina, y la digo que se cepille el pelo, que hace calor y dónde está su bolso. Una y otra vez dónde está su bolso.

¿Podía haber empezado antes? Sí, sí que lo podía haber hecho, pero era un HOMBRE, ¿limpiar?, ¿organizar?, ¿fregar?, ¡los hombres no hacen eso! Pero, y ahora ¿qué soy?...me contaron tonterías, los hombres sí saben, los hombres sí pueden, los hombres deben...ahora ya sé que no puedo volver atrás, pero cuántas cosas cambiaría. ¿Lo hago porque esté enferma? Quizás esta es la manera en la que me he dado cuenta, pero no, lo



**SEGUNDOS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN  
“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y  
HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumno: Moisés Rodríguez Jurado**

**Centro Docente: IES Alonso de Avellaneda**

**QUERIDA MAMÁ**

Querida mamá:

Estoy a punto de llegar a Moqur; El sargento nos ha dicho que cuando lleguemos recibiremos nuevas órdenes. Estoy bastante cansada, ya que en este tren lleno de gente es muy difícil dormir. Ha sido muy raro cuando he entrado y he visto a todos esos hombres mirándome con caras de incredulidad, posiblemente pensarían que sería alguna camarera del vagón, me miraban justo como lo hacían aquellos compañeros que tuve en la mili, ninguno creía que una niña de pueblo podría llegar a ser militar, no lo creían hasta que les superé en bastantes pruebas y les demostré que mi puntería superaba con creces a la suya; también se me viene a la cabeza la cara de papá cuando le dije que quería ser militar, no se lo creía, de hecho, se pensaba que era una broma, y que se me pasaría la "tontería" después de hacer la mili, hasta que me presenté con la maleta hace una semana, justo antes de salir hacia Afganistán en misión de reconocimiento; pero, créeme, le demostraré que esta mujer puede hacer lo mismo que cualquier hombre y también te lo demostraré a ti mamá, que sé que también eres un poco incrédula. El viaje ha sido un poco movido, ya que apenas hemos podido dormir desde que salimos de Zaragoza, pero

tampoco ha habido muchos contratiempos, llevamos haciendo trasbordos de tren en tren unos 4 días, y solo en este vagón llevo metida casi un día y medio. Estos chavales no dejan de echarme miraditas, cuchichean y se ríen, pero bueno, a mí eso me da igual. Sé que te estarás preguntando qué como, la verdad es que la comida que me están dando es pésima; no te preocupes, en unos meses estaré allí y volveré a probar tu comida, te lo prometo. Ahora tengo que dejar de escribir, pero pronto volveré a hacerlo, no te molestes en contestar, ya que posiblemente no me lleguen las cartas, se nota que en este ejército no quieren mujeres, yo les demostraré que puedo ser una más, una más de ellos. Un beso. Con cariño:

Sandra, 20 de marzo de 2004

Querida mamá:

Siento haber tardado tanto en volver a escribir, pero es difícil sacar un poco de tiempo libre; por aquí las cosas se están poniendo bastante feas, las tropas afganas se están revolviendo mucho contra nosotros, esto está empezando a ir mal, pero bueno, como tu decías, soy una chica fuerte, y puedo sobrevivir a esto y a mucho más. Me ha llegado la noticia, aún estoy impactada, aún no puedo creerlo, me es imposible asumir que papá haya muerto; estaba un poco enfermo, pero no podía imaginar que tanto, ahora él jamás podrá ver cómo su hija llega a ser una militar en toda regla, igual o mejor que todos esos hombres a los que él idolatraba, y, sin embargo, se burlaba de mi, "Qué vas a hacer tú en la guerra", "Las mujeres mejor quedaos en casa". No soportaba cuando decía eso, me duele su pérdida, pero aún me duele más no poder demostrarle a donde he llegado, y a donde voy a llegar, pero las cosas son así. Ánimo mamá, tienes que seguir adelante. Las cosas desde que llegué han mejorado en lo personal, ya que al principio todos se metían conmigo, de hecho, varios me dijeron que cuándo pensaba traerles la comida, pero bueno,

les cerré la boca, ya sabes cómo se las gasta tu hija, desde ese día se calmaron un poco, pero aun así siempre estaban con sus risitas y con sus burlas, que si qué hacía una mujer en la guerra, que si yo debería de estar cocinando en vez de pegando tiros; un día uno intentó tocarme el culo, creo que con el dedo roto ya no le apetecerá tocármelo más, lo bueno es que a partir de ese día las cosas entre mis "compañeros" y yo se han calmado bastante, ya les he demostrado a la mayoría que puedo ser igual que ellos, incluso mejor que algunos, pero bueno, siempre están los típicos que no dejarán de criticarme hasta que les demuestre que una mujer también puede pegar un puñetazo. Las cosas en el ámbito de trabajo se están complicando bastante, ya te he dicho que las tropas afganas se están revelando contra nosotros: el otro día varios soldados muriendo en un reconocimiento en coche, les asaltaron unos pistoleros afganos y no dejaron a ninguno con vida ... Las cosas aquí son así, si no eres rápido, te vas al otro barrio. Estoy casi segura de que dentro de poco podré regresar a casa. Viene el sargento a recoger las cartas. Te quiero mamá, y recuerda lo que te dije, no volveré hasta que no sea uno de ellos. Te quiero.

Sandra, 15 de febrero de 2005

Querida mamá:

Lo siento de nuevo, esta vez también he tardado en escribir. Esto es muy duro, el enemigo ataca cada dos por tres y cada vez perdemos más soldados en misiones de reconocimiento, pero tengo una buena noticia, pasado mañana salgo para casa, tengo unas ganas increíbles de veros, de veros a todos, bueno, a papá ... Mi servicio aquí ya ha terminado, en realidad, termina mañana, pero me estoy tomando un día sabático. ¿Sabes una cosa? Lo he conseguido, he conseguido demostrarles que soy una más, ya me respetan, e incluso algunos me aprecian. Ya no te escribiré más cartas, ya que dentro de poco estaré en casa y te daré un gran abrazo. Me informan de que tengo que hacer una

última misión, solo es llevar un carro blindado de una base a otra, de hecho me vendrá bien, ya que aquella base está más cerca de la estación y el sargento me deja llevar mis cosas. Tengo que salir ya, no puedo seguir escribiendo. Un beso muy grande mamá, pronto estaré ahí.

Sandra, 23 de abril de 2006

Estimada Dña. María González Ayala:

Desde el Ministerio de Defensa de España lamentamos comunicarle esta pésima noticia: su hija, Sandra Rodríguez González, ha muerto en acto de servicio en su misión en Afganistán. El suceso ocurrió a las 7 de la tarde del 23 de abril de este mismo año. El carro que conducía en una misión de simple transporte, pisó una mina colocada por el ejército afgano, pese al vehículo reforzado, su hija resultó gravemente herida, se la trasladó al hospital, pero fueron inútiles los intentos por salvar su vida. En sus últimos instantes, durante la evacuación, nos transmitió sus últimas palabras, son estas:

"Mírame mama, he llegado a ser como ellos, he nacido como ellos, he luchado como ellos, les he demostrado a todos que una mujer puede ser todo lo que un hombre, y que puede tener las mismas oportunidades y los mismos trabajos que ellos, que no somos débiles, que somos fuertes, he combatido como ellos, y finalmente, voy a morir como ellos, te quiero mamá".

Nos entristece su pérdida, un cordial saludo, el Ministerio de Defensa. 5 de mayo de 2006

**SEGUNDOS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y**  
**HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Gema Fernández Rodríguez**

**Centro Docente: CES y FP Primero de Mayo**

**BLUE BIRD**

¿Cómo describir lo que se siente al surcar el claro y perfecto cielo azul? Si ninguna sensación se asemeja a lo que percibo ahora mismo, si nunca llegué a soñar con lo que estoy viviendo en este momento.

Abro los ojos y contemplo una inmensidad de nubes esponjosas y efímeras. Infinitos olores se cuelan en mis fosas nasales y consiguen que me transporte a diversos rincones del mundo en tan solo unos segundos. Y vuelo, giro sobre mí misma una y otra vez, dejando que alguna tímida carcajada salga de entre mis labios para, poco a poco, llegar a gritar con furia. Lo había logrado. Había cumplido mi sueño.

Mi nombre es Leah y mi meta es ser la primera mujer en volar sí misma.

Vivo en un pueblo al oeste de la capital; se llama Kendral. Es un lugar animado y feliz. Aquí la gente se suele ganar la vida llevando paquetes de aquí a allá. Bueno, así lo hacen los hombres. Las mujeres no tenemos la capacidad de volar: tenemos alas, pero no están tan desarrolladas como las de los hombres.

Según cuentan, hace mucho tiempo una mujer bellísima, de pelo negro como el carbón, labios rojos como las cerezas y ojos azules como el propio cielo, se rebeló contra Gehik, nuestro jefe, un anciano que aún se encarga de entrenar a los hombres. Ella quería volar, quería ver mundo, como su hermano. Un alba, Gehik le dio la oportunidad de hacerlo, pero solo por un día. El anciano le transmitió sus poderes porque era una ciudadana ejemplar. Hasta ese amanecer.

Según cuentan por los barrios más apartados, Sera, ciega de sus ansias por conocer mundo, huyó del país. Lo que ella no sabía es que una especie de muralla invisible limitaba las fronteras; y esto no era ninguna broma: en el momento en el que cualquiera la tocara, caía derrotado hacia el mar y desaparecía en la profundidad de las aguas.

Al parecer, eso le pasó a ella; nunca se encontró su cuerpo.

Por su culpa, nos castigaron a todas las mujeres y se nos negó la posibilidad de aprender a volar; ni siquiera con la maquinaria y los motores portátiles que permitían revolotear a las mujeres de los mensajeros más famosos.

Me paso los días y las tardes en el bosque, junto a Jinki, mi mejor amigo. Le conozco desde que nací, él siempre me ha protegido. Es genial, aunque un poco torpe. Real y sinceramente, le envidio a morir.

Jinki me ayuda a alcanzar los frutos más ricos, los que están en la parte superior de la copa de los árboles. Cada vez que le veo elevarse del suelo me da por pensar, por ilusionarme, por imaginarme a mí misma flotando sobre las nubes. Pero en seguida regreso a la realidad. Yo nunca podría hacerlo, ¿verdad? Solo porque otra mujer incumplió las normas.

Hoy es un día especial. Hoy celebramos el año nuevo estelar: solo un día cada trescientos sesenta y cinco, las estrellas se apagan para dejar que la luna brille más que nunca por sí

sola. Como en cada ocasión, nos reunimos todos en el centro del bosque y hacemos una especie de ritual. Esta vez será diferente.

Estoy sentada frente a la hoguera junto a Jinki, bromea sobre los astros y los ancianos, la vida para él es un pasatiempo; para mí, es un tesoro. En el momento en el que la Anciana comienza a contar la historia de Sera, todo el mundo se queda en silencio. Habitualmente voy con Jinki a jugar, pero esta vez presto atención. Y se me ocurre una locura.

Amanece temprano y los hombres corren a la plaza a por una nueva labor. Hoy es la primera vez en la que mi mejor amigo podrá viajar solo. Ya es mayor de edad.

Le acompaño al punto de reunión, como de costumbre, pero esta vez le cojo del brazo, en cuanto recibe el sobre con el destino, y le comento algo:

–Déjame ir contigo –le digo seria, mirándole a los ojos casi sin pestañear y mordiéndome el labio por dentro de los nervios–. Podemos cambiar el futuro de las mujeres, podemos. Puedo. Sé que puedo demostrar que somos igual de capaces. Por favor, ayúdame. Lo he hecho. Se lo he pedido.

Tras varias horas discutiendo y dándole razones para que confiase en mí, accede. No creo que sea por otra cosa que porque deba de partir ya. Es su primera misión y debe de cargar conmigo a la espalda; saltarse las reglas de transportar a una mujer con él; y, encima, marcharse tarde. Pobre.

En mitad del vuelo pasa algo que ni él ni yo nos esperamos. Una feroz ráfaga de aire nos zarandea de tal forma que hace que mi viejo amigo pierda el control sobre sí mismo y caigamos sobre una llanura a unos cientos de metros.

Descendemos a una velocidad inigualable, siento que voy a morir. ¿Realmente íbamos a morir? Quizá si no me hubiese llevado consigo podría haber aguantado la presión.

Caemos separados. Para mi sorpresa, solo tengo unos rasguños. Corro hacia él y le

encuentro derrotado en el suelo. Le sangra un ala. ¡Le sangra un ala! Él finge estar bien, pero no lo está. Se pone de pie y hace un intento de alzarse sobre el suelo. No puede. Los dos sabemos que si falla en esta ocasión, su futuro se verá igualado a cero. Le ayudo a apoyarse contra un árbol y regreso a por el paquete que tenía que entregar. Me quedo pensativa por un instante. Me acerco a él y le miro a los ojos de nuevo, suspiro profundamente y le pregunto *si confía en mí*. Él dice que sí, que si no, no me habría aguantado todos estos años. Me aparto de él y me concentro. Él ha arriesgado su vida y su futuro por mí, muchísimas veces, y... ¿qué he hecho yo por él? Noto algo recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, es una sensación que nunca he experimentado. Entonces, le oigo decir mi nombre, al principio en mi cabeza, después me doy cuenta de que me está gritando. Abro los ojos y lo primero que veo es un pájaro azul volar frente a mí. Miro hacia abajo y... ¡estoy volando! Atónita, pero segura de mí, le prometo que cumpliré su tarea y regresaré a por él. Mi viejo amigo, aún asombrado, sonrío y asiente con la cabeza. Asciendo hacia el cielo, *abro los ojos y contemplo una inmensidad de nubes esponjosas y efímeras. Infinitos olores se cuelan en mis fosas nasales y consiguen que me transporte a diversos rincones del mundo en tan solo unos segundos*. Llego a Yeing, la ciudad, el centro de todo, y le entrego el paquete a una mujer de cabello negro y ojos azules. Me recuerda a alguien. Ella no dice nada al verme llegar en lugar de a un hombre, solo asiente con la cabeza, me mira y se gira para volver a entrar al caserón.

–*Qué sorpresa* –dice al fin y se pierde en las sombras de la mansión.

Vuelvo a por Jinki y regresamos a Kendral. Todos, al verme volando y cargando con mi cómplice, se llevan las manos a la boca y reina el silencio. Desciendo y dejo con cuidado al chico. Entre la multitud se abre paso Gehik.

–*¡Cómo!* –sentencia con un golpe seco de voz.

–Y-Yo... ¡Las mujeres podemos! ¿Por qué los hombres sí y las mujeres no? Somos igual de capaces. ¡Lo estáis viendo!

Justo cuando el anciano va a contestar, aparece la mujer de antes. El pelo largo y oscuro le arrastra en una trenza, su piel de porcelana se disuelve en el blanco de su vestido y su mirada azul se clava en la del jefe.

–Ya la has oído. Se puede.

Sé que me sonaba de algo: era Sera. Era el pájaro azul que vi en mi primer vuelo. Ha estado viviendo en la ciudad, a veces como humana, a veces como pájaro y, concluye con una frase crucial para las mujeres: *“Podemos, tanto como vosotros o más, padre. Tenemos derecho a disfrutar del placer de surcar el ancho cielo azul, de vivir como aves, de ser libres. Así, como vosotros.”*

**TERCEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y**  
**HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Daniela Acosta Morell**

**Centro Docente: Colegio La Inmaculada**

**LA PRINCESA Y EL MAL**

Cuenta la leyenda que una vez una princesa salió de su torre. Cuenta la leyenda que una vez una princesa se negó a someterse. Cuenta la leyenda que una vez una princesa osó desafiar al mal que acechaba bajo las profundidades marinas y no le volvió a temer.

Cuenta la leyenda que el monstruo que habita bajo el mar un día vio a la mujer más hermosa e inteligente del reino y, presa de su mente preclara, su pelo de ébano, sus ojos de noche sin luna y sus labios de rosas rojas, perdió el control sobre su propio ser.

Ante tal intolerable hecho, obligó al pueblo a encerrarla hasta el día de su muerte bajo la amenaza de descargar contra ellos esa ira suya que tan bien conocían. Nadie debía volver a contemplar su bello rostro que incitaba a la perdición, y se la consideró una loca, una estúpida, una demente, de modo que nadie escucharía su brillantez.

Y allí, en su blanca torre de mármol, permaneció año tras año, bajo el velo de la sumisión y el miedo a su captor; intentando escapar.

Hubo un día en que el mar perdió su color azul y los peces comenzaron a morir, y las nubes ocultaron el sol que hacía crecer las cosechas pero no llovía para calmar la sed. El monstruo estaba furioso y nadie sabía por qué.

La princesa era la solución; su sangre azul devolvería al mar el color y apaciguaría al monstruo.

- No - se negó uno de los hombres del Consejo- la bestia nos prohibió verla. Habrá que luchar contra el demonio. Pero nadie tuvo el valor de ofrecerse voluntario para dicha tarea.

- Malditos cobardes - se oyó una voz femenina desde la puerta- ¿Vosotros os hacéis llamar hombres? ¿De veras somos nosotras las débiles? - era la princesa quien hablaba; la cual había logrado escapar de la torre - Iré yo; su ira es producto de mi huida, así que seré yo quien dé muerte a mi captor.

Se lo negaron, defendieron su locura y la echaron del Consejo. Era mujer y allí no hacía nada. Pero no consiguieron detenerla.

- El hombre será la cabeza - dijo la princesa antes de abandonar el Consejo - pero la mujer es el cuello, y puede girar la cabeza hacia donde ella quiera.

Las demás mujeres del reino la apoyaron, hartas de la poliginia sin poliandria y su única misión de madres y amas de casa, sin derecho alguno a algo más. Le procuraron una armadura, una espada y la mejor yegua del reino.

Partió al alba en compañía del seco aire sin rocío y cabalgó sin miedo hacia el oeste. Pudo oír el romper de las olas contra los enormes y afilados acantilados y las pequeñas playas. No eran azules, no eran grises ni negras ni blancas, no tenían color alguno; las pequeñas gotas le salpicaron la cara y notó la amargura del ser que las poseía. Dudó un momento, siempre le habían dicho que por ser mujer no podría, que no haría nada de utilidad, que perdería. Las gotas le volvieron a salpicar la cara y sintió el odio y la ira de nuevo; le hirvió la sangre en las venas, desenvainó su espada y saltó hacia las olas sin miedo.

**TERCEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y**  
**HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumno: Oscar Barrio Formeso**

**Centro Docente: Colegio Sagrado Corazón de Jesús**

**FRAGMENTOS, SUEÑOS DE IGUALDAD**

**I. ¿Un mundo sin igualdad?**

Un poeta sin musa,  
una noche sin luna y un atardecer sin sol,  
una mirada sin sus ojos,  
una guitarra sin rock n'roll.

¿Un mundo sin igualdad?

**II. Lágrimas en una oscura noche**

Sus ojeras, que no eran más que el reflejo de una inmensa belleza y del cansancio acumulado por un esfuerzo en balde, volvieron a brillar e iluminaron así la noche más oscura de las que logré recordar; sus eternos ojos marrones que habitualmente habían sido los faros que me guiaban hacia la tranquilidad más profunda, hacia la respiración más pausada, hoy, esta noche de oscuridad, cuando más los necesitaba, se encontraban nublados, difuminados por una lágrima, dos, o quizás tres que rozando el filo de aquella fina nariz se adentraban en la cueva que suponían sus labios, esos preciosos rojos labios, que con la separación de un pequeño lunar, resaltaban el blanco abismo que suponía su

cara; y todo, para que aquella pequeña lágrima, tratada por su piel con sumo cuidado, desembocara en el infinito mar de su cuello, en el que tantas veces perdido me había encontrado.

Su espalda ,que conocía como un cartógrafo conoce sus mapas, pegada a la mía transmitía un reflejo de desesperanza, un grito similar al de Van Gogh, demasiadas imágenes, imágenes de lo que un día fue su gran sueño, y hoy, tres años y mil golpes después eran su pesadilla más grande, su angustia más opresora, el signo de la huida de aquella lágrima que emigraba de sus ojos para perderse, para encontrarse en el vacío, símbolo de una libertad robada por un hombre, robada por una sociedad poco amparadora.

Libertad, esa era la palabra, lejana, utópica, encerrada en una celda de recuerdos, de imágenes que intentaba borrar, olvidar, olvidar como olvida la primavera el frío y oscuro invierno; pero en todo caso, encerrada, una dura y dolorosa metáfora, libertad encerrada, irreal.

Y entonces, allí estaba yo, espalda con espalda a ella, como tantas veces había soñado, pensando en sus ojos y sus ojeras, su boca y su cuello, en lo que en cada momento significaba para mí; soñando despierto al fin y al cabo, una vez más, soñando con ser su llave, aquella que inspire la libertad, su libertad y consiga arrancarla sonrisas cada mañana, hacerla olvidar las lágrimas, los ojos morados y las pesadillas, devolverla a sus sueños, allá donde nos perdamos los dos, porque la igualdad, la libertad no es solo su sueño, también el mío, algo necesario.

**TERCEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y**  
**HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Patricia Elosua Feliciano**

**Centro Docente: Colegio Salesianos El Pilar**

**MARIPOSAS**

***Naoko - Afueras de Tokio, Japón, a 22 de abril 2013***

Me despierto al alba. Me levanto pensando en mi sueño de leves mariposas atadas con cadenas. Con movimientos silenciosos, me pongo el sencillo kimono de seda verde. Cuando voy a comprar, escucho a unas mujeres diciendo que ya no se ven obligadas a llevar el kimono.

¡Pobrecillas! No saben apreciar la suerte de tener un marido que las mantenga con el dinero obtenido con el sudor de su frente, y a cambio tan solo servirle con respeto y humildad.

Me dirijo a la estrecha cocina, para prepararle a mi marido un té y sus galletas de sésamo preferidas. Cuando escucho pasos por el pasillo salgo por la puerta, y cruzo una fugaz mirada con él. Luego bajo la mirada, e inclino la cabeza, y voy a su cuarto a prepararme, porque ayer me comunicó que hoy tenía que hacer el amor conmigo.

Él me toma y se va, no sin antes decirme que recuerde prepararle sopa de pescado. Muy bien, Naoko, niña obediente. Asiento mirando al suelo, me pongo de nuevo el kimono de seda verde, y voy al mercado a comprar los ingredientes.

No dejo de pensar en mariposas revoloteando, sus alas son de seda, también las cadenas de las que intentan desprenderse, las que las retienen junto a sus carceleros.

***Celina- Ciudad Juárez, México, a 22 de abril 2013***

Esta noche no puedo dormir y me levanto cuando aún es de noche. Aprovecho para hacer tareas en la casa. El sol despunta por el horizonte, así que me pongo el vestido de flores de colores que hace que resalten mis ojos verdes y cojo 20 pesos para transporte público, de ida y vuelta al trabajo.

El autobusito me deja a un kilómetro de la oficina que tengo que limpiar hoy, así que me pongo en marcha, caminando por un ladito de la carretera.

Un coche destartalado se para a mi lado y me ofrece acercarme a alguna parte. El conductor es un hombre de edad mediana, con barba y ojos pequeños y muy negros. Declino la oferta con educación, pero el chavo se baja del coche y me retuerce los brazos. Grito pidiendo ayuda, pero la zona es poco concurrida y no viene nadie en mi auxilio.

Me empieza a manosear todo el cuerpo, el muy cerdo, y yo grito pidiendo auxilio, y grito de miedo. Cuando me viola grito de dolor y lloro de impotencia y él se ríe. Me dice que esto me pasa por rechazar favores. Yo gimo y sollozo, sin fuerzas.

Me empuja contra la cuneta, y el golpe me marea. Veo que el hombre se sube en el vehículo y se aleja en la distancia. El impacto me ha abierto una hemorragia en el cráneo, y la sangre se mezcla con la tierra sucia de la carretera. Se me nubla la mente, y voy perdiendo la consciencia poco a poco.

Una mariposa se posa sobre el charco de mi sangre como si fuera una rara flor púrpura.

***Dieynaba - Al Fashir, Sudán, a 22 de abril 2013***

Me despierto como todos los días, con el rumor de las primeras voces. Al levantarme de la manta en el suelo que me hace de cama me sorprende al ver que he manchado con

sangre. Se lo digo a mi amiga Hawa, que me felicita y me dice que ya soy una mujer. Yo no entiendo nada, ¿tengo una enfermedad? Hawa me explica que eso les pasa a todas las mujeres a nuestra edad y que significa que ya me puedo casar y puedo ser madre.

Unas horas después ya lo sabe la anciana de la tribu. Al atardecer nos lleva a mí y a otra chica a una de las cabañas de adobe. Entran detrás de ella seis mujeres corpulentas. Nos piden que nos quitemos la ropa y así lo hacemos.

De repente una mujer me sujeta y otras dos me agarran las piernas para obligarme a abrirlas. Asustada, veo que la otra chica está pasando por lo mismo. La anciana me toma la vulva con una mano y con la otra blande una cuchilla. No sé qué me está haciendo, pero duele, duele muchísimo, y me retuerzo, y chillo, pero me agarran con fuerza. El dolor se acentúa y escuece y arde y está frío. Noto que me están cosiendo por ahí abajo y no entiendo nada. Solo sé que estoy sufriendo. Me desmayo del dolor.

Recupero la conciencia y veo que la anciana y mi madre me sonríen. Todo bien, Dieynaba, ya pasó. Me dicen que ahora cumpliré mi deber de mujer y no caeré en tentaciones.

Ya es de noche y las mariposas han dejado de volar.

\*\*\*\*

Son tres historias ficticias, de tres continentes, pero seguramente haya una Naoko, una Celina y una Dieynaba. Las tres son mujeres y son iguales. Pero han vivido cosas muy distintas.

¿Por qué el azar tiene que determinar el sitio donde nacemos y los derechos que tenemos?

**TERCEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y**  
**HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: Ana M<sup>a</sup>. Santiago Riera**

**Centro Docente: Colegio Internacional Sek el Castillo**

**INJUSTICIA**

Hacía poco que la luz bañaba las calles, y aún así, éstas estaban abarrotadas. Sam tenía que admitir que por mucho que despreciara aquella ciudad, no podía despreciar aquella vista. Desde la ventana, Sam observaba la metrópolis, los rascacielos, los vehículos, los ciudadanos, y a pesar de que todos veían lo mismo que ella, nadie veían lo mismo que ella.

Sam miró su reloj, era la hora. Se marchó, sin excusa, nadie se la pediría. Salió del Barrio Femenino y se adentró en la ciudad.

Sam caminaba con su cabeza gacha, no era necesario mirar por donde iba, no chocaría con nadie. No por falta de transeúntes, sino porque todos ellos, hombres, no se acercaban a ella sin su permiso. Sam se ocultó en un callejón oscuro y allí se cambió la ropa, para así poder ocultar su feminidad y escondió su pelo bajo una gorra para volver a caminar por la ciudad. Ahora todos la creían hombre, y como hombre vagaba por la ciudad, chocando con otros, y apartándose cuando una mujer atravesaba la calle. Sin recibir sonrisas, sin privilegios, y así lo prefería.

Llegó hasta los juzgados sin demasiados problemas, suspiró profundamente y entró. Aunque Sam había cometido un crimen, su condición de mujer le proporcionaba impunidad. Sin embargo, su hermano Alex iba a ser juzgado por ser cómplice de tales actos criminales.

-¿Qué tal, hermanita? – le preguntó su hermano Alex

-Otro asqueroso día en Chicalandia – respondió a su hermano con palabras llenas de desdén y cansancio. Alex suspiró, miró a su hermana apenado y dijo:

– Sam.... no te entiendo, ¿por qué...?

-¡¿POR QUÉ?! ¡LO SABES PERFECTAMENTE!- Sam estaba furiosa y se hubiera dejado llevar por su ira, pues se había acostumbrado a hacer lo que quisiera sin que nadie se lo recriminara. Se había acostumbrado a los privilegios de ser mujer, pero no quería seguir así. Alex abrazó a su hermana - No... no es justo, por eso.

-Sam, eres una mujer. No puedes hacer esto.

-Sí puedo, mi condición de mujer no me inhabilita para tales actos – Sam sonrió y su hermano rió con ella: siempre respondía lo mismo cada vez que usaba aquel verbo.

-Quiero decir que no debes hacer esto.

-¿Porque soy mujer no debo hacer lo que es justo?

-Porque eres mujer no debes hacer lo que es peligroso.

-¡Eso es una tontería y lo sabes! ¿No pensarás tú también como ellos?

-Mira Sam, no digo que sea bonito, pero tienen algo de razón –dijo Alex. Tras oír esto, su hermana se separó de él, furiosa y dispuesta a discutir, pero él no se lo permitió – Ya sabes que nuestra especie podría tener los días contados. Muchos hombres, pocas mujeres. Por eso deben protegeros a todas, por eso vivís en “Chicalandia”, como tú lo

llamas, y por eso se procura que no os pase nada en la ciudad. Hay que cuidar de vosotras.

-Esto es demasiado, te han comido el coco a ti también. ¿Es que no lo ves? No trabajamos, no pagamos, no tenemos obligaciones, ni deberes, para nosotras no hay leyes, no hay límites. Sólo derechos, tenemos privilegios exagerados, pues podemos hacer lo que queramos sin consecuencias, no nos juzgan ni nos castigan por nuestros crímenes ni nuestros abusos. Nos tratan como a mascotas mimadas. Sólo porque somos mujeres y creen que somos más importantes por nuestra función biológica. Somos animales de crianza para ellos.

Alex iba a responder pero fue interrumpido por el guarda que debía escoltarlos a ambos a la sala del juicio. Mientras caminaban, aquel gorila no se cortó a la hora de empujar e insultar al acusado, y por ello, Sam se quitó la gorra. Al saber su condición de mujer, el guarda paró enseguida, temeroso de que ella, con una sola palabra, pudiera acusarlo de cualquier acto y condenarle sin necesidad de juicio. “Estos privilegios algo de bueno sí que tienen” pensó. Entraron en la sala. El tiempo pasó muy rápido. Alex fue declarado culpable, pues lo era, pero cargaría con el castigo de ambos él sólo, y Sam no podía permitirlo.

-Fui yo también– gritó mientras se levantaba. Por ser una mujer quien había hablado, se hizo el silencio en la sala- yo también fui culpable.

-Somos conscientes de su participación en los acontecimientos, señorita Equié.

-Entonces, ¿por qué no soy yo también juzgada?

-Porque es usted una mujer – respondió desconcertado.

-¡FUI YO! – tiró su silla al suelo, era mujer y nadie se lo recriminó. Sus ojos se llenaron de lágrimas por frustración al no ser comprendida, tristeza por perder a su hermano e impotencia por no poder hacer nada, pues a pesar de que era una injusticia, nadie quería

verlo- Yo no soy una mujer, y él no es un hombre, somos ambos personas. Las diferencias entre nuestros cuerpos, no existen en nuestras almas. Nuestra especie desaparece, no por la falta de mujeres, sino por la falta de moral. Las palabras criminal y culpable no tienen género, así como no la tienen inocente ni decente. Las personas deberían ser iguales, en derechos y deberes, en oportunidades y en límites. Tal y como trata a un varón, trate a una hembra. Igual que le juzga a él, júzguela a ella. Así castigue a un hombre, castigue a una mujer. Y si va a salvar un alma, que no sea por el cuerpo que la encarcela. Porque una sociedad sólo avanza si es moral, y sólo seremos morales cuando comprendamos que somos iguales, que sentimos lo mismo, que merecemos lo mismo. No soy mujer. Soy persona. Él no es hombre. Es persona. Ambos somos iguales, ambos culpables. Y si lo va a condenar, exijo el mismo castigo, exijo igualdad.



**TERCEROS PREMIOS – II CONCURSO DE REDACCIÓN**  
**“LETRAS POR LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES ENTRE MUJERES Y**  
**HOMBRES” DE LA COMUNIDAD DE MADRID**

**CURSO: 4º ESO**

**Alumna: M<sup>a</sup> Isabel Alonso Panduro**

**Centro Docente: Colegio Arula**

**LÁGRIMAS DE ADULTO**

“Un cuadrado. Así. Encima el tejado. Rojo. Con muchas tejas. Debajo van las dos ventanas, con cortinas para que las personitas que viven dentro puedan cerrarlas por la noche. Ahora la puerta, muy grande. Con un pomo muy redondo. Así podrán salir. Un árbol en un lado, con un columpio para que sus hijos puedan divertirse después de terminar los deberes. En el otro lado la casita del perro, con sus huesos en un plato. ¿Qué nombre le pongo? Mmm... Pluto, como el perro de Álex. Ahora un camino que vaya hasta la tienda de chuches. Pero... ¿cómo llegarán hasta allí? ¿En bici? ¡Entonces tengo que hacer un garaje!”.

Un niño borra y dibuja en un papel. Con cada pasada de goma, el dibujo se arruga un poco más, pero a él no le importa. Sopla las virutas y aparta el resto con la mano. Entonces vuelve a empezar, con la concentración alojada en su ceño fruncido y en la lengua asomada. Con cada intento, sus trazos se vuelven más seguros. Por fin, decide que ha terminado. Lo levanta y lo mira. Queda el toque final. Con un boli azul, escribe en un rincón, al lado del sol sonriente, “Para Papá y Mamá”, y, por último, dibuja unos garabatos

entre los que se puede adivinar su nombre: Marcos. Aunque sólo la entienda él, es su firma y está muy orgulloso de ella.

Suena el timbre. El niño se acerca a la profesora y le enseña su dibujo. Mientras ella lo evalúa, el niño estudia su rostro atentamente, buscando alguna señal de enfado o decepción, esperando algunas palabras de reproche. Pero en la cara de la profesora aparece una sonrisa.

–Espero que a tus papás les guste tanto como a mí –el niño se acerca muy despacio a recuperar su dibujo y lo coge como si fuera un tesoro. La profesora no lo sabe, pero para el niño aquel dibujo significa más que una esperanza. Es parte de un deseo que su corazón de cinco años anhela desde que tiene uso de razón.

Después de recoger todas sus cosas, sus compañeros forman una fila y salen de la clase acompañados de su profesora. Al llegar a la salida, todos salen corriendo en busca de sus padres y muestran sus ganas de llegar a casa para jugar. El niño anda entre la gente hasta que ve el conocido rostro moreno de su cuidadora. Ella le saluda con un sonoro beso en la mejilla y da media vuelta al carrito en el que lleva a un bebé. El niño no se lleva todavía muy bien con el bebé, a pesar de estar viviendo con él desde hace un año.

Los tres recorren el acostumbrado camino hasta casa, hablando de la merienda y de cómo Lucía ha dado sus primeros pasos esa mañana. La cuidadora intenta parecer alegre, pero su cara no muestra su habitual sonrisa, cosa que el niño nota enseguida. Su corazoncito comienza a latir más rápido conforme se acercan a casa.

Nada más abrir la puerta, el niño oye los familiares gritos de Papá y Mamá. Pero hay algo raro en ellos. Papá habla con urgencia y Mamá está muy asustada. De repente, Mamá grita muy fuerte y ya no se oye más su voz. Su cuidadora suelta de golpe el carrito de Lucía y corre a llamar a la puerta de los vecinos. Se oyen gritos. El niño oye la palabra

“policía” y se asusta. Mira a Lucía, que ha empezado a llorar, y decide que tiene que entrar en casa. Debe darles el dibujo.

Todas las puertas están abiertas menos la de la cocina, pero a través del cristal traslúcido el niño puede ver la silueta imponente de Papá. Abre la puerta con cuidado. Papá está mirando al suelo, con una expresión extraña en la cara. El niño se detiene. En el rostro de Papá hay algo nuevo. Lágrimas.

Después mira al suelo y retrocede chillando. Mamá está allí. El niño está seguro de que no duerme, porque tiene los ojos abiertos. Una mancha roja recorre su blusa y al lado de ella descansa un cuchillo que luce con un extraño brillo rubí. Papá intenta decir algo. Alarga los brazos hacia la puerta, pero el niño sale corriendo. Ha visto que la mano de Papá está teñida del mismo color rubí.

Se empiezan a oír sirenas de policía. El niño se encierra en su habitación y se sienta en el suelo, escondiendo la cabeza entre las manos. Se siente confuso, más confuso que de costumbre. No puede entender lo que ha pasado. Pero entonces se acuerda del dibujo que todavía tiene en las manos. Se levanta y coge dos colores de la mesa. Con el azul pinta dos gotas en la cara de una de las personitas que aguarda delante de la casa, y con el rojo le pinta la mano y un círculo en la tripa de la otra. Entonces su mente infantil comprende y empieza a llorar. Su llanto se mezcla con el de su hermanita, que sigue sola en la calle. Hoy ha visto algo inesperado. Hoy ha visto llorar a Papá.

Para los periodistas y demás gente, esto solo será otro titular más en la página de un periódico o, como mucho, dos minutos de un telediario. Pero para estos dos niños, sus vidas han cambiado en tan solo un instante. Este cambio ha sido para siempre.